

CAPÍTULO 10

Higienización, laboriosidad e industria

Considerar la vida, la salud, como resultado de un equilibrio bien organizado, de una armónica correspondencia de las diferentes partes, y la enfermedad como la ruptura de tal armonía por la introducción de un factor endógeno o exógeno capaz de alterarla, puede parecer exacto hoy.

PAZZINI (1955, p. 132)

Con el aumento de la densidad de la población, actúan sobre la comunidad nuevos tipos de acción gubernamental. Uno de los primeros efectos es hacer visible la necesidad de reglamentación en interés de la salud y de la moral públicas.

L. S. ROWE (1914, p. 112)

Justamente, la modernización de la nación y el crecimiento de los centros urbanos están atravesados de manera diagonal por la proliferación de políticas de higienización de los espacios, sujetos, gestos, lenguajes y conductas. Se trata de técnicas de higienización que complementan las técnicas de vigilancia y control, con las cuales se pretende tanto eliminar los vestigios de un pasado inmundo como limpiar los territorios de la ciudad, del lenguaje y del cuerpo de toda suciedad que pueda llegar a lesionarlos. Son prácticas de higienización que no solo limpian, sino que previenen el contagio y la propagación de la enfermedad, el vicio y la fechoría. «La *asepsia* y *limpieza* de las calles, lengua, cuerpo y hábitos aparecerán como una de las panaceas del progreso y de la materialización de una nación moderna» (González, 1996, p. 41). Limpiar la calle de vagabundos y ociosos, liberar la nación de las cadenas del vicio y la pereza, liberar la ciudad y el cuerpo de los olores fétidos y de las insalubres tradiciones; serán todas ellas

medidas urgentes ante la progresiva concentración de la población en el espacio urbano, el crecimiento de las ciudades y la identificación de la vida de la ciudad como modelo de progreso, modernidad y prosperidad.

Higiene pública y medicalización

La preocupación por el hábito, la limpieza y la higiene trae consigo la sensibilidad, el asco y el repudio frente a lo asqueroso, la suciedad y el caos. Aparecen en escena el mal olor, los cuerpos descompuestos, el «cochino», la basura y la inmundicia. La estética urbana aprende a detestar, evitar y desmarcarse de la suciedad. Un cuerpo limpio y cuidado es símbolo de vitalidad, salud y modernidad. Por el contrario, un cuerpo sucio y descuidado es símbolo de miseria, podredumbre e infección.

El cuerpo mismo deberá ser objeto de una serie de estilizaciones —donde la moda ejercerá una función preponderante— porque toda su materialidad estará asociada —sobre todo el cuerpo femenino— a lo sucio, bajo, feo y corrompido. (González, 1996, p. 42)

La enfermedad se convierte en uno de aquellos fenómenos de la población que es urgente atender de manera estratégica por sus implicaciones en cuanto a la disminución de la productividad, el debilitamiento de la fuerza de trabajo y los costos económicos que genera tanto por lo que deja de producirse como por la atención misma que demanda. Ya la enfermedad no se ve como un sino despiadado y fatal frente al cual solo quedan la espera resignada y el abandono, sino como un factor natural que afecta a la población y debilita la vida. Más que un castigo o irremediable desventura, como se ha entendido en otras épocas, la enfermedad empieza a entenderse como un fenómeno susceptible de ser intervenido, encauzado y remediado. Los hospitales, por ejemplo, pasan de ser lugares a los que se va a morir para transformarse en lugares a donde se asiste para recuperar la salud, la normalidad, la fuerza productiva.⁸⁸ Se da entonces el tránsito de las casas de auspicio y caridad, a donde se iba a morir, hacia instituciones sanitarias que dirigen todos sus esfuerzos a hacer vivir, a hacer retornar a la vida productiva lo más pronto posible y en las mejores condiciones de trabajo. Así también lo muestra la preocupación por establecer

88 Sobre este interesante tópico ver los trabajos de Adriana Alzate (2012), Carlos Noguera (2003), Santiago Castro-Gómez (2010a) y Renán Silva (2005).

los sistemas pensionales de instructores y demás empleados públicos, en un intento por regular el tiempo de los cesantes y las necesidades de aquellos cuerpos marginados de la cadena productiva, pero no de la del Estado y, mucho menos, de la esfera económica.⁸⁹

Asimismo, la higiene pública será otra de las medidas que se extiendan en la ciudad frente al fenómeno de la enfermedad. La higienización de los espacios se despliega como importante estrategia en la lucha contra los percances ocasionados por la enfermedad. Se da entonces toda una higienización de la sociedad bajo la convicción de que una ciudad limpia es una ciudad sana. La salud pública es un asunto de total prioridad en la agenda de gobierno. Ya no basta con intervenir los cuerpos individuales, sino que ahora se trata de diseñar campañas dirigidas de manera general a los cuerpos poblaciones.

Mientras que el espacio asilar de la disciplina se diseña como espacio de encierro, vigilancia, adiestramiento y separación de los cuerpos; para la biopolítica el diseño de espacios higiénicos, limpios y sanos se configura como estrategia para el cuidado de la vida, la regulación de las poblaciones y la gestación de la productividad. El espacio para la disciplina es puntual, cerrado, celular; en cambio, el espacio para la biopolítica es abierto, propicio y convertido en medio para la intervención indirecta. Es un espacio que, además de permitir la dirección general de la población, facilita la circulación, el movimiento y la interacción. Dos usos complementarios del espacio para la acción política sobre la vida, desplegada desde el Estado para su consolidación como proyecto de nación.

En ese mismo orden, el espacio urbano también se verá envuelto en esta política de higienización y compulsión social por la limpieza, la prevención y la corrección. En consecuencia, la ciudad será sometida al imperativo de la higiene, la medicina social y los modelos preventivos. La construcción de barrios obreros, la redistribución de edificaciones, así como la expulsión de la ciudad de ciertos espacios como los cementerios, los mataderos y los basureros municipales, alejarán los desechos y malos olores de la ciudad. En el marco de la medicina social desplegada también serán medidas importantes, por un lado, la organización de instituciones para la reclusión y tratamiento de la enfermedad, la mendicidad, el vicio y el delito; y, por otro, el ocultamiento de los desechos de la ciudad a los ojos y olfato de la población mediante la construcción de

89 Sobre este aspecto pueden consultarse los trabajos de Alzate (2007), Castro-Gómez (2010a), Álvarez (2013), Noguera (2003), y Noguera, Álvarez y Castro (2000).

sistemas de alcantarillado, políticas para el manejo de las basuras y excrementos, y toda una amalgama de disposiciones para el mantenimiento y limpieza de la ciudad, como aquellas relacionadas con la circulación de animales por las calles (perros, marranos, caballos y gallinas). Todo un sistema de y para la disposición de los espacios en los que se habita.

Es evidente que en la ciudad no se puede vivir de cualquier manera, ni en cualquier lugar. Es necesario establecer ciertos cánones para organizar la vida urbana, una urbanidad. El espacio de la casa, como el de la ciudad, debe estar muy bien demarcado y separado de acuerdo a la función y actividad que allí se realiza. El sitio de dormir debe estar separado del sitio en el que se reciben las visitas, en una especie de separación de la vida íntima de la vida pública. El lugar en el que se toman los alimentos es distinto del lugar por el que transitan los animales. Los cuartos de dormitorio deben separar a hombres de mujeres; la vida conyugal de los padres queda reservada a un dormitorio distinto al de los hijos. La distribución del espacio familiar será acorde con las medidas de higienización, medicalización y moralización que inundan la ciudad, asociadas a las técnicas de urbanidad y urbanismo de las que hacen parte, a su vez, los catecismos y manuales, tan en boga por entonces. Urbanizar es más que construir los espacios habitacionales, plazas públicas, calles y grandes edificios; significa acoger la forma de vida de la ciudad, de la urbe. Significa unos mínimos de urbanidad y un estilo de vida que se intentará proyectar hacia los demás espacios geográficos del país, teniendo a la ciudad como modelo y eje de la civilización, el progreso y la vida moderna.⁹⁰

Asepsia social y racismo de Estado

Fundemos, pues, por medio de la herencia y de la procreación, algo distinto y digno de ser fijado por la educación. Formemos en nuestro fondo racial condiciones de vigor físico y moral, que no nos pueden venir sino de aquellos puntos del planeta donde la especie humana da sus mejores productos desde hace dos mil años.

MIGUEL JIMÉNEZ LÓPEZ (1920, p. 74)

90 Importantes trabajos se han venido realizando en Colombia alrededor de esta relación entre urbanidad y urbanización, el crecimiento y diseño de la ciudad en el país y las transfiguraciones sociales, económicas, políticas y pedagógicas que ello ha significado. Algunas de pistas de este análisis pueden seguirse en los trabajos de Noguera (2003), Noguera, Álvarez y Castro (2000), Castro-Gómez (2009), Robledo y Rodríguez (2008).

La pureza del cuerpo y de la ciudad también coincidió con una política de pureza de la sangre en medio de la cual se restringieron grupos poblacionales indeseados tanto de negros e indígenas, como de aquellos sujetos clasificados como anormales. La discusión sobre las razas y los rasgos distintivos de su pureza dio lugar a intensos debates al respecto. Incluso, ante la idea de la degradación de la sangre del pueblo colombiano, se llegó a discutir estrategias que permitiesen purificar la sangre contaminada por el pasado indígena, negro y mestizo. Políticas raciales vinculadas a la eugenesia y al emparentamiento con razas europeas (concebidas como razas superiores) para llevar a cabo la paulatina limpieza de la raza en territorio colombiano. Al respecto, se le oía decir a Miguel Jiménez López, el 21 de mayo de 1920: «Sin abandonar por ningún momento los dos factores importantísimos de la Educación y de la Higiene, ataquemos el mal desde su origen, renovemos nuestra sangre, y habremos procedido con cordura y acierto» (Jiménez, 1920, p. 134). La mezcla de la sangre deteriorada con sangre de razas «superiores» y «civilizadas» sería el antídoto contra la degradación de la especie que el psiquiatra boyacense diagnosticaba en «latitudes hostiles» como las nuestras.

La inmigración de sangre blanca, bien escogida y reglamentada como debe hacerse, es para los países en desarrollo, un elemento incomparable de población, de progreso, de producción y de estabilidad política y social. Una corriente de inmigración europea suficientemente numerosa iría ahogando poco a poco la sangre aborigen y la sangre negra, que son, en opinión de sociólogos que nos han estudiado, un elemento permanente de atraso y de regresión en nuestro continente. (Jiménez López, 1920, p. 74)

Una mancha de sangre proveniente del pasado, que según Jiménez López, incidía de manera radical en la degeneración colectiva que él había documentado y presentado en el Congreso Médico de Cartagena de 1918, mediante la conferencia *Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y en los países similares*. Su estudio se publicó un año después bajo el título *Nuestras razas decaen*, y la amplia difusión de estas ideas sacudirían el «alma nacional»⁹¹, razón por la cual un grupo de estudiantes de la Bogotá organizó un conjunto de conferencias sobre la «cuestión social». El ciclo de conferencias, realizado

.....
91 Expresión empleada por Simón Araújo en alusión al estudio *Nuestras razas decaen*, de Miguel Jiménez López, como preámbulo a su conferencia en medio del debate sobre las razas de 1920 al que también fue invitado (Araújo, 1920, p. 257).

en el Teatro Municipal, dio lugar al debate sobre las razas de 1920, que luego se recopiló en el libro intitulado *El problemas de las razas en Colombia*.⁹² Allí, Miguel Jiménez López presentó una vez más su estudio, junto a otros intelectuales ilustres, como el psicólogo Luis López de Mesa⁹³, el fisiólogo Calixto Torres Umaña, el higienista Jorge Bejarano⁹⁴, el institutor Simón Araújo⁹⁵ y el sociólogo Lucas Caballero.

Con el establecimiento de políticas migratorias vinculadas al mejoramiento de la raza, se esperaba la consolidación de programas locales y nacionales que incentivaran la llegada de contingentes europeos. «Convenientemente seleccionada [insiste Miguel Jiménez López al final de su conferencia] una sana y numerosa inmigración es, vuelvo a decirlo, el primer elemento para nuestra regeneración» (Jiménez, 1920, p. 74). Y, justamente, en coherencia con estos planteamientos, junto a la identificación de algunos pueblos europeos más «puros», civilizados y de sangre «superior» como los arios, ingleses, italianos y franceses, también se estipuló el rechazo de la llegada de otros pueblos, como los orientales, bajo la creencia de que con su sangre podrían afectar los proyectos eugenésicos de mejoramiento de la raza mediante su «blanqueamiento».⁹⁶

.....
92 El debate sobre el problema de las razas, al que acudieron insignes personalidades y académicos de la época, tuvo lugar en Bogotá entre el 21 de mayo y el 23 de junio de 1920. Las memorias de las conferencias y discusiones fueron publicadas el 12 de octubre del mismo año, bajo la dirección de Luis López de Mesa (1920), con el título *Los problemas de la raza en Colombia*. Cabe resaltar que el libro salió a la luz en medio de la celebración de la Fiesta de la Raza, nombre que por entonces recibían las festividades nacionales en conmemoración del encuentro de razas que significó la llegada de Colón a tierras americanas.

93 Entre sus múltiples cargos y actividad política como liberal, fue asignado como ministro de Educación en 1934, durante el gobierno de Alfonso López Pumarejo. En este cargo sería relevado en 1935 por Calixto Torres Umaña, intelectual que también fuese invitado al debate de las razas de 1920. Más adelante, Luis López de Mesa sería nombrado ministro del Exterior en la presidencia de Eduardo Santos (1938-1942). En el desarrollo de sus labores como ministro de Eduardo Santos prohibió la entrada al país de judíos sobrevivientes de la Segunda Guerra Mundial.

94 Primer ministro de Higiene en el país durante el gobierno de Mariano Ospina Pérez (1946-1950).

95 Simón Araújo, liberal e insigne educador de la época, tuvo un amplio recorrido en la vida pública y política de la época. Además de ministro del Tesoro y ministro de Obras Públicas por sus estudios en ingeniería, fue presidente de la Academia Colombiana de Jurisprudencia, presidente y director del Banco de la República y cofundador de la Universidad Externado de Colombia.

96 En el libro *Los problemas de la raza en Colombia*, Catalina Muñoz (2011) se ha dado a la tarea de recopilar y reeditar las conferencias que hicieron parte del debate de 1920. Esta tarea de recopilación va acompañada de un interesante estudio introductorio titulado

Esta tecnología de poder que tiene como objeto y propósito la vida, lo viviente y la producción de los modos de vida emplea la muerte y la capacidad de imponerla para salvaguardar y mejorar la misma vida. Es allí donde actúa el racismo que nutre a los Estados modernos y que Foucault analiza en su curso de 1976, *Defender la sociedad*. Es, precisamente, con la expansión del biopoder que los Estados modernos acuñan dentro de su arsenal el racismo como mecanismo fundamental del poder. El Estado decide quién debe morir y quién debe vivir. En su imperio sobre la vida, también decide a quién se le debe negar esta por seguridad del bien general.

La muerte del otro no es simplemente mi vida, considerada como mi seguridad personal; la muerte del otro, la muerte de la mala raza, de la raza inferior (o del degenerado o el anormal), es lo que va a hacer que la vida en general sea más sana; más sana y pura. (Foucault, 2010a, p. 231)

De esta manera, el cuidado de la vida no excluye el derecho de muerte cuando el orden, la unidad y la salud pública se ven en riesgo. La administración de la vida se despliega sobre los cuerpos poblacionales insertos en los dominios del orden establecido, mientras que el derecho de espada del poder soberano, sobreviviente en la facultad de declarar la guerra, se realiza hacia la exterioridad, hacia lo otro y distinto. El asunto es que dicha interioridad y dicha exterioridad no se encuentran definidas por las fronteras geográficas; por el contrario, esta tensión interioridad-exterioridad también se juega fronteras adentro, creando así nuevas segmentaciones, jerarquías y distinciones. De ahí que el poder del Estado, en su esfuerzo por garantizar su consolidación, se traduzca, usualmente, como racismo de Estado en su lucha con las razas y costumbres que le son ajenas y, por tanto, adversas en el interior del proyecto civilizatorio puesto en marcha.⁹⁷

.....
Más allá del problema racial: el determinismo geográfico y las dolencias sociales, escrito por Muñoz. También puede consultarse a Luis López de Mesa (1934/1970), pensador de la época, profundamente involucrado en estas discusiones. Martha Cecilia Herrera (2013) también hace un juicioso rastreo de la discusión en su libro *Educación al príncipe: ¿asunto racial o de ciudadanía?*

97 A este respecto tenemos, por ejemplo, el extendido genocidio que implicó la captura civilizatoria de los pueblos indígenas frente a la cual se diseñaron múltiples estrategias de la que cabe señalar el proyecto de Las Misiones. Estas Misiones estaban contempladas dentro de la política públicas, financiadas con fondos estatales e incluso, solicitadas por los gobernantes de turno a las comunidades allegadas a la nación. Un profundo y descarnado estudio es el realizado por Bonilla en su libro *Siervos de Dios y amos de indios* (Bonilla, 1968).

Así las cosas, las malas razas, impías e incivilizadas, se convierten en obstáculo del progreso de la nación y, en consecuencia, fulguran como enemigos internos que es preciso combatir, neutralizar y someter. El derecho de muerte es legitimado, en este caso, por el peligro que representan esas razas desviadas e insanas para el resto de la población y para el orden de la sociedad normalizada.

De ahí el hecho de que no se pudo mantenerla [a la muerte] sino invocando menos la enormidad del crimen que la monstruosidad del criminal, su incorregibilidad y la salvaguarda de la sociedad. Se mata legítimamente a quienes significan para los demás una especie de peligro biológico. (Foucault, 2003, p. 167)

Siguiendo este orden de ideas, el racismo, en cuanto actualización del poder de muerte, se articula y fortalece en la modalidad del biopoder acogida por los Estados modernos. El poder de gestionar la vida a través de mecanismos de normalización es también el poder de dar muerte, de trabar las condiciones para la aniquilación paulatina y sistemática, de multiplicar y exponer a los riesgos de muerte, de expulsar del dominio visible y abandonar hasta su desaparición. «Podemos decir incluso que la violencia del Estado no es, en cierto modo, más que la manifestación explosiva de su propia razón» (Foucault, 2009, p. 306). Tal vehemencia recae sobre todos aquellos perturbadores o posibles perturbadores de la tranquilidad pública y el progreso del Estado. Progreso que se entiende como crecimiento, perpetuación y fortalecimiento.

En suma, un racismo de Estado que refleja la inversión del viejo principio soberano de «dejar vivir y hacer morir». Primacía de un *hacer vivir* en la producción y administración de la vida y de un *dejar morir*, paradójicamente, en el mismo sentido de protección y optimización de la vida productiva de la especie. Un *dejar morir* que puede traducirse, eventualmente, en una gestión de la muerte para *hacer vivir*. La muerte excede el dominio público y retorna al ámbito privado, íntimo y, por tanto, obliterado; sin embargo, empieza a contar para el Estado —más que cualquier otra cosa— como estadística y variable estratégica en la administración de la vida de los grupos poblacionales que se mantienen. Por consiguiente, diremos con Foucault, «el influjo del poder no se ejerce sobre la muerte sino sobre la mortalidad» (2010a, p. 224). La muerte, para decirlo en otras palabras, solo será considerada desde entonces por el poder público en cuanto a su incidencia en la vida productiva y su impacto en la salud pública.

Lucha contra el ocio: *homo œconomicus* e industrialización

Ya para terminar este capítulo, cabe recordar que en anteriores regímenes:

La autoridad y la ley se imponían sobre el cuerpo con violencia a través de una política sistemática del castigo corporal tanto en el ámbito público como doméstico, donde llagas, cicatrices y hasta la muerte eran parte de un doble juego de señales: de culpas y de poderes. (González, 1996, p. 78)

El castigo pretendía exponer en el cuerpo la gravedad de la culpa, por lo que el cuerpo debía escenificar la monstruosidad y el dolor del delito. Se trataba de un cuerpo malvado y desviado que debía ser corregido o mutilado para extirpar la pena y el pecado, fuente de contagio en la sociedad.

Poco a poco, la vehemencia del castigo y la violencia de la corrección se fueron dosificando y se recondujeron hacia la formación del nuevo habitante de la ciudad: el ciudadano. Un ciudadano que alberga en su corporalidad el *homo œconomicus* de la modernidad, del Estado-nación y de la fábrica. «La reorientación de una vitalidad gratuita y explosiva dentro del orden jurídico republicano suponía una relación entre el poder y el cuerpo fundado en la disciplina, en la productividad y en la higiene» (González, 1996, p. 19). El cuerpo, en algún momento fuente del pecado, se convierte ahora en fuerza productiva y fuente de riqueza. Debe ser modelado y cuidado para poder extraer de él el máximo de su potencialidad. Bajo estas mismas coordenadas, tanto el hombre como la mujer deben ser sujetos productivos, por lo que el ocio y la holgazanería se dimensionan como origen de los mayores vicios que pueden atacar a una nación que fija su felicidad y prosperidad en su capacidad productiva. Una nueva moral asoma en el horizonte de la nación: la moral del *homo œconomicus*.⁹⁸

Además de incorporar los códigos de la civilización, el sujeto debe hacerse habitante de la ciudad. Tal como hemos señalado, la formación como ciudadano pasa, necesariamente, por el tamiz de la escritura disciplinaria, pero también se conjuga con estrategias biopolíticas como la higienización, la medicalización, el

98 «Controlar el ocio y el desenfreno implicaba también una nueva ética donde la virtud radicaba tanto en el ahorro de pasiones como de riquezas» (González, 1996, p. 27).

racismo de Estado y la misma urbanidad para aprender a vivir y comportarse en los espacios urbanos. Tanto la vigilancia escriturada como las retóricas impresas que introducen las corporalidades en los registros de la normalidad definen el espacio disciplinar en el que se convierte la ciudad. Por su parte, la tarea primordial de hospicios, escuelas, prisiones, casas-hacienda, sanatorios y cuerpos militares a lo largo de la historia de las naciones americanas no fue otra que la contención de las masas salvajes dentro de los marcos sólidos de la patria civilizada, regulada por la autoridad de la norma.

El pecado de la carne ha cedido lugar al pecado de la relajación, el ocio y la «inutilidad». «No en vano tanto los catecismos, ahora de urbanidad, y las constituciones nacionales insistirán tanto en que el ocio es la madre de todos los vicios, como en perseguir la vagancia pública» (González, 1996, p. 19). La pereza y la inutilidad serán los principales síntomas de una sociedad enferma, descompuesta y degenerada. Por su parte, los catecismos modernos, como los otrora catecismos de la Iglesia, concentran las verdades y guían la conciencia, la moral y la conducta de sus creyentes según principios inobjetables de pudor y cordura, pero también según valores como la laboriosidad, la industria, el ahorro y la inventiva.

El corpus de técnicas disciplinarias escriturarias «tuvo como tarea incorporar y modelar a los grupos sociales; y contrariamente expulsar, en una suerte de racismo de Estado, a aquellos que no lograban mimetizarse con las normas» (González, 1996, p. 24). Fue así como el proyecto ilustrado de extender la instrucción en todo el territorio nacional se conjugó —no pocas veces— con políticas estales de exterminio de poblaciones enteras díscolas y renuentes a asumir las formas normadas de la «civilización». Muestra de ello son las ya citadas campañas de las misiones financiadas por el Estado y ejercidas en el país como estrategia de evangelización, civilización e inclusión de los pueblos indígenas distanciados de los centros urbanos y de sus costumbres (Bonilla, 1968). Pero hacia dentro, en lo que Beatriz González Stephan identifica como movimiento centrípeta del cuerpo escrito de disciplinas, también operaron una serie de prácticas que buscaron normalizar la ciudad e imponer el orden de la meticulosa gramática ciudadanizadora (González, 1996, p. 24). Todo ello, mediante una simbiosis fáctica entre disciplina y biopolítica en la formación de los nuevos ciudadanos, habitantes de la ciudad moderna que se deseaba. Simbiosis que aquí hemos llamado *ciudadanización*.